

Antonio Dávila

EL TROLEBÚS

Nos sentábamos al borde de la carretera, cansados de correr sobre los verdes campos, los manzanos nos habían ofrecido mediada la tarde sus frutos casi maduros. Éramos alegres chiquillos de barrio, la escuela con sus cancelas cerradas nos había dado tregua hasta el lejano Septiembre. Tantas cosas imaginábamos durante esos meses de asueto. Hoy éramos Toro Sentado y sus indios sioux que atacaban entre los mimbrales a unos sorprendidos colonos que pasaban por la vereda. Si mal no recuerdo ayer fuimos el Capitán Trueno, con sus inseparables Goliat y Crispín, luchando sin tregua con un tropel de sarracenos armados de temibles cimitarras tratando de mancillar a la bella Sigrid. Mañana tal vez fuéramos Tom Sawyer, Huckleberry Fin y Joe Harper intentando ocultarse del indio Joe por las intrincadas orillas del Misisipi.

Hoy nos tocó vigilar al cashero, para que en un descuido de este, recoger unas rojas manzanas de su propiedad. Siempre teníamos tiempo y lugar para jugar un partido de fútbol. El tiempo no era problema, podíamos disponer de él en cualquier momento, de balde. El lugar, la carretera.

Eran escasos y lentos los vehículos que hasta Altza se desplazaban, rara era la vez que teníamos que suspender por un momento el juego para dejar paso a algún coche.

Aunque eso sí, siempre estaba uno de nosotros al acecho, existía un árbitro implacable vestido de verde, con correa, chapela y bastón, Pío que por las tierras de Altza ejercía de guardabosques.

Así que cuando el guarda aparecía cogíamos el balón, para a continuación poner pies en polvorosa y dejar la cancha libre de pecado.

Cuando el sol se iba inclinando tras el monte Igueldo, empezaba la procesión.

Subiendo la cuesta, con el cansancio reflejado en sus rostros.

Hombres y mujeres con bolsas al hombro se acercaban al barrio, después de largas horas de brega lejos de sus casas, apenas hablaban, solo caminaban con ánimo de llegar al hogar y allí tratar de encontrar una cena caliente y la tregua de la noche.

Sentados al borde de la carretera los veíamos pasar.

Corrían los años sesenta y las perchas del trolebús necesitaban vigor eléctrico para transmitir potencia al motor y desplazar el vehículo.

Los paralelos cables eléctricos de una de las líneas de la Compañía de Autobuses llegaban hasta Rentería.

La parada de Herrera era una de las importantes de este trayecto, aunque alguien podría decir, ¿cómo podemos medir la categoría de una parada?, pues creo que no es difícil de valorar.

El número de viajeros que en ella suben y bajan le dan el relieve, en Herrera se producía un trasiego importante de pasajeros.

De tarde en tarde íbamos a San Sebastián, sobre todo cuando había partido de la Real en el desaparecido Atocha, bajábamos la empinada cuesta de Herrera para tomar el trolebús.

Dos empleados se encargaban de su funcionamiento, por la puerta trasera subían los viajeros, allí tenía su asiento el cobrador que como su nombre indica se encargaba de recaudar el importe del trayecto, aunque también era de su incumbencia otro frecuente cometido que se daba en esa clase de vehículo, no se si sería por la irregularidad de la carretera, por el bacheado de la misma, a lo mejor por llevar una velocidad inadecuada, el caso es que en ocasiones el alojamiento de las perchas del trolebús se salían de los cables eléctricos, que le daban la energía para desplazarse, entonces el vehículo se paraba.

Salía raudo de su asiento el cobrador, en la mayoría de los casos con mucho tino, ajustaba de nuevo las perchas al tendido eléctrico y de nuevo el trolebús emprendía su recorrido.

A pesar de nuestra juventud, cuando llegábamos a Herrera comentábamos con cierto pesar, “ahora hay que subir la cuesta”. No quedaba otra, con más pereza que diligencia afrontábamos el repecho, no sin antes repetir una frase que se hizo popular por el barrio “Cuando pondrán trolebuses a Altza.” Componían el barrio por aquellas fechas las casas de Altza Casco, donde también se encontraban las escuelas, la iglesia de San Marcial, la tenencia de alcaldía y el desaparecido frontón, varios caseríos y villas, el barrio de San Isidro, y algunos bloques de casas construidos en el barrio de Santa Bárbara, que por aquel entonces comenzaba a crecer.

Me imagino que todavía no formábamos un número importante de personas como para plantear que los trolebuses subieran al barrio, además había que añadir otro inconveniente, estos vehículos necesitaban para su desplazamiento un tendido eléctrico, esto complicaba todavía más el asunto.

Cada mañana subíamos por la solitaria carretera que desde Santa Bárbara nos acercaba a la escuela situada en el casco de Altza, tan solo algunos carros arrastrados por caballos, que desde los caseríos de la zona se dirigían a vender los productos de la huerta y la deliciosa leche de vaca que en los caseríos se producía, discurrían por la calzada.

Nos gustaba ver y sentir el golpeteo que las herradas pezuñas de los equinos producían sobre la descorchada carretera, y escuchar en euskera las palabras que al vigoroso zaldia dirigía la cashera.

En silencio contemplábamos como entre curvas, carretera abajo se iba difuminando la imagen del carro, del rocín y de la etxeoandre.

Después seguíamos con nuestro caminar hacia la escuela.

Daban las nueve en el reloj de la iglesia, los tañidos nos indicaban que teníamos que ponernos en filas frente al oblicuo mástil que en la pared principal estaba alojado.

Después el inalterable y monótono ritual matutino, la izada de la bandera mientras como un acto reflejo repetíamos el inevitable “cara al sol.”

Mediada la mañana otro ritual imprescindible, la degustación de un intragable mejunje, la leche en polvo que junto a un queso amarillento inmasticable, parece ser que fue la única aportación que del plan Marshall americano, llegó por estos lares. Después de estas pócimas el recreo, bajo la sombra que nos ofrecían los viejos plátanos, perennes vigilantes de nuestros juegos y fantasías, corríamos, dábamos patadas al balón o jugábamos a las tabas.

Era también la hora en que un lento y pesado camión cargado de graba de la cantera de San Marcos, subía renqueante la cuesta que desde Martillun llegaba hasta los dominios de la iglesia, desde ahí contemplábamos el sofoco del vehículo, después la cuesta abajo, donde el viejo camión recuperaba el hálito.

Fuimos creciendo a la vez que menguaban los días, los menos se-



Foto Tomás Paulis

guimos estudiando, los más comenzaron a aprender un oficio con el que ganar el sustento, pero para todos llegó una fecha en la cual ya no repetiríamos la susodicha frase de “Cuando pondrán el trolebús a Altza.”

Desde que un 14 de Septiembre de 1.966 el primer autobús urbano subió al barrio y justamente en la plaza de San Marcial, donde está situada la iglesia y el desaparecido frontón tenía última parada, que para nosotros los vecinos de Altza, era la primera en acercarnos al corazón de Donosti.